

En suma, era el Bulnes del ejército intervencionista.

Por lo mismo el Sr. Bulnes debe desconfiar de tan apasionado testimonio.

CAPITULO II

JUAREZ Y LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE

Mucho tiempo pierde lastimosamente el Sr. Bulnes en demostrar á sus lectores lo que éstos ya sabían, que el Gobierno americano, empeñado en la guerra separatista, se negó á prestar auxilio alguno al Gobierno republicano de México, por temor de empeñarse en una guerra con Francia.

Y yo no seguiría al Sr. Bulnes en ese sendero tan trillado, si no tuviera que impugnar algunas de las afirmaciones que en el Capítulo respectivo hace el autor sobre la actitud que debió asumir el Sr. Juárez ante el egoísmo del Gobierno americano.

Comienza el Sr. Bulnes preguntando: «¿Debía Juárez esperar el primer semestre de 1862 algún auxilio de los Estados Unidos?»

Y para probar que los Estados Unidos, mientras estuviesen empeñados en la guerra de secesión en nada ayudarían al Sr. Juárez, Bulnes ensarta una larga serie de notas de D. Matías Romero dirigidas á nuestro Ministro de Relaciones, en las que nuestro representante en Washington da parte día por día y hora por hora de cuanto llegaba á sus oídos referente á la cuestión mexicana.

Yo jamás condenaré el ardiente patriotismo del Sr. Romero que tan indiscutibles servicios prestó á la Patria; pero admirando su inconmensurable actividad no por eso daré importancia á todas sus notas diplomáticas, pues muchas de ellas no tienen significación alguna.

El Sr. Romero de todo daba parte á su gobierno, de lo que platicaba con un Senador, lo que se decía en un banquete y, sobre todo, de los prejuicios que formaba de la política

americana y de los pronósticos que hacía sobre el fin de la guerra de secesión.

De aquí resulta que muchos de los documentos que tomó Bulnes de la *Correspondencia de la Legación en Washington* no tienen valor alguno histórico.

Que el Gobierno americano se preocupó demasiado con la preponderancia que tomaban los separatistas del Sur, es indudable y no se necesitan muchos comprobantes para demostrarlo.

A mí me admira ver á Mr. Seward, tan altivo en 1866 tronando el látigo yankee sobre las espaldas de Napoleón III, para echarlo fuera de México, después de haberlo visto tan pacato en 1861 temblando ante la idea de que los esclavistas del Sur contrajeran alianzas con Francia, con España y hasta con México.

En Abril de 1861, al estallar la guerra separatista, Mr. Seward dirigió una nota al Ministro americano en México, en la que se revela el temor que abrigaba el gabinete de Washington de que se reconociesen como beligerantes á los Estados Confederados.

De esa nota, que sin duda no conoce el Sr. Bulnes, sólo tomo los párrafos más importantes, por ser demasiado extensa.

.....“ Pero el triunfo del gobierno de los Estados Unidos puede depender en una pequeña parte de la acción del gobierno y del pueblo mexicanos. El Presidente mexicano no puede dejar de ver que lejos de aprovecharle á México la destrucción ó la debilidad de la autoridad federal no puede sino padecer y estar expuesto á terribles peligros. Por otra parte, la continuación de la anarquía en México debe ser necesariamente un atractivo para los que conspiran contra la Unión, y estimularles á buscar el poder y el engrandecimiento, haciendo conquistas en México y en otros territorios de la América Española.

.....“ Probablemente encontrará Ud. en México agentes de esa llamada Confederación preparando alguna nueva revolución: Ud. le asegurará al gobierno de México que el Presidente no ha tenido jamás ni podrá tener nunca simpatía alguna por semejantes proyectos, cualesquiera que sean sus autores y su naturaleza. Conociendo las opiniones del Presidente y del pueblo mexicanos, no puede creer el Presidente de los Estados Unidos que los ciudadanos rebeldes de nuestro país que intentan desmembrar la Unión, esperen atraer á México á que les ayude reconociendo la independencia que han pro-

“*clamado*; porque es evidente que tal organización de un gobierno distinto en la parte de la Unión que linda con México, sería más peligrosa para México que perjudicial para los Estados Unidos. Es evidente que la organización actual de éstos ofrece á México la garantías mayores de integridad, de unión y de independencia. Espera de Ud., sin embargo, el Presidente, que tendrá el ojo abierto sobre los proyectos de que he hablado, por improbables que sean, y que empleará Ud. los medios más eficaces que sea posible para contrarrestar el reconocimiento de la proyectada Confederación si se le pudiese al gobierno mexicano.

“El Presidente confía en que manifestando Ud. estos sentimientos, infundirá confianza en el gobierno mexicano, y que cumpliendo la misión con un espíritu más elevado que el de una alianza puramente comercial, con un espíritu de desinterés, sin ambición y favorable á los intereses de todo el continente americano; con un espíritu fraternal y dando á esta palabra un sentido sincero y no solamente diplomático, ganará Ud. la confianza y la benevolencia del gobierno de México, y será la inauguración de una nueva era favorable para la prosperidad y la dicha, no sólo de las dos naciones, sino de los otros Estados republicanos en el mundo entero.”

Larga es la nota anterior, pero tiene mayor significación que las que copia el Sr. Bulnes, porque revela el miedo que tenía el gobierno de Washington de que reconociera á la Confederación del Sur aun una nación tan débil, tan pobre y tan agotada como estaba la República Mexicana en 1861.

Causa nausea ver, en la comunicación de Seward, al poderoso gobierno americano adulando al pobre Presidente Juárez, ofreciéndole un cariño fraternal y prosperidades y dichas, unión é independencia de México, siempre que esta república no otorgara derechos de beligerantes á los Estados surianos insurrectos.

Y no pasaría un año sin que ese gobierno hermano nuestro, de Lincoln y Seward, por miedo á Francia, facilitara al ejército de Napoleón III, mulas, carros, forrajes y cuanto necesitó Forey para salir violentamente de la zona mortífera de la fiebre amarilla que estaba quintando á los soldados franceses.

Y dos años después el Presidente americano prohibía que saliese del territorio de los Estados Unidos el armamento que para el gobierno de México había comprado en Nueva York el coronel mexicano Juan Bustamante.

Esto era inicuo; pero los gobiernos tienen que cuidar antes que su decoro, la salvación de la patria en peligro.

Seward tenía en parte razón; el triunfo de los Estados es-

clavistas era un verdadero peligro para México que tenía que ser invadido cuando la Confederación vencedora sintiera la necesidad de extenderse más acá de la frontera mexicana.

Ese peligro que comprendieron hasta los más torpes, no lo previó ni lo midió el fatuo Napoleón III que, como Bulnes tiene hoy, tenía entonces la jactancia de ser el primer hombre de Estado, de lo que se burlaron Cavour y Bismark, como nos burlamos en México del estadista Sr. Bulnes.

Napoleón soñaba en robarse á Sonora; levantaba un trono en México, para vigorizar, decía, á la raza latina contra las tendencias invasoras de la raza sajona. Y reconocía como beligerantes á los Estados del Sur, sin entender que, triunfantes éstos, barrerían fuera de México al ejército francés, y se adjudicarían los Estados mexicanos fronterizos.

He aquí lo que sustancialmente dicen algunas de las notas de Romero, quien insiste, sobre todo, en persuadir al Ministro del Sr. Juárez de que los Estados Unidos no auxiliarían al Gobierno republicano mientras no terminara la guerra separatista con el triunfo de la Unión.

Eso dice la nota del Sr. Matías Romero, de 22 de Diciembre de 1861, que, como siempre, la mutila el Sr. Bulnes al insertarla.

Dice el Sr. Bulnes, que nuestro Encargado de Negocios en Washington ponía en conocimiento de Juárez una opinión muy autorizada sobre los asuntos de México, por emanar de uno de los funcionarios más respetables é influyentes de la administración. E inserta el Sr. Bulnes el siguiente trozo de la nota de Romero:

«En el curso de la conversación me dijo Mr. Blair, con la franqueza que le es genial, estas palabras: *en la forma que ha tomado la expedición contra México y por los motivos que alegan las Potencias europeas para llevarla á cabo, no podemos oponernos á ella, conforme al derecho de gentes*, lo cual considero yo como la opinión genuina de la administración.»

Pero también emitió otra opinión Mr. Blair, en su conferencia con el Sr. Romero, que no menciona el Sr. Bulnes, y que rectifica en gran parte los anteriores conceptos.

Preguntaba nuestro Representante si creía Mr. Blair que Inglaterra y Francia aceptarían la oferta hecha por los Esta-

dos Unidos (que ya mencioné) de pagar los dividendos de la deuda mexicana, y Mr. Blair contestó:

« Evidentemente no. Las naciones europeas han estado
« meditando de mucho tiempo atrás planes para establecer
« su influencia en este continente. Los han madurado ya, y
« ahora, con la conducta de México y las dificultades de los
« Estados Unidos, tienen una oportunidad que no se les vol-
« verá á presentar y que, de seguro, han de aprovechar; pero
« nosotros también nos estamos disponiendo para defender
« á nuestra vez la política tradicional de este gobierno, que
« no permite influencias europeas en este continente. »

No haré yo, lo que en su libro hace el Sr. Bulnes, llenar páginas y más páginas, insertando en ellas las innumerables notas del Sr. Romero, que dicen todas lo mismo, que en 1861 y 1862 el gobierno estaba resuelto á no ayudar á México en su conflicto europeo.

Pero entre los documentos que copia el Sr. Bulnes hay dos en que el autor se apoya para estampar nuevas acusaciones contra el Sr. Juárez.

Es el primero una nota de nuestro Representante en que éste, refiriéndose á una entrevista que tuvo con Mr. Seward, dice al Sr. Juárez:

« Lo expuesto acabará de persuadir al Supremo Gobier-
« no que no tenemos, por ahora, absolutamente nada que es-
« perar de este Gobierno. El Presidente, sus Ministros, los
« hombres de Estado del país y la masa del pueblo en gene-
« ral, conocen perfectamente los planes de la Francia respec-
« to á México y la hostilidad del Gobierno del Emperador á
« la Unión Americana; consideran que la invasión de México
« es lo accesorio y que sólo tiene por objeto facilitar el ca-
« mino para llegar al objeto principal, que es el de consumir
« la división de los Estados Unidos; pero todas estas conside-
« raciones, lejos de inducirlos á prestarnos algún auxilio, son
« otros tantos motivos que los determinan á no hacer en
« nuestro favor aun lo más sencillo, si con ello temen que se
« ofenda la Francia.

« Saben perfectamente bien que el gobierno francés sólo

« está buscando un pretexto para romper con los Estados
« Unidos, y están determinados á no dárselo. Esto explica
« por qué no quisieron facilitar la suma que solicitaba el Sr.
« Pacheco y por qué han prohibido la salida de las armas
« compradas por el Sr. Bustamante. Hasta cierto punto tie-
« nen razón en la política que han adoptado, aunque la llevan
« hasta un extremo increíble. En las circunstancias actuales
« en que apenas pueden con el Sur, una guerra con Francia
« les sería fatal. Lo conocen así y tratan de evitarlo á todo
« trance, aun á costa de las mayores debilidades, de las con-
« descendencias más indebidas. »

Al calce de esta nota empeñosamente recomienda el Sr. Bulnes se tenga presente que fué dirigida al Sr. Juárez con fecha 18 de Septiembre de 1862, es decir, seis meses antes de que comenzara el sitio de Puebla.

Y dice Bulnes en un pésimo castellano: " Téngase presente para las consecuencias de responsabilidad que desprenderé de estos hechos. etc. "

Ya verá el lector qué graciosísima responsabilidad contra el Sr. Juárez saca Bulnes de la resistencia que puso el yankee para auxiliar á México en 1862.

Mas debo hacer otra inserción antes de ocuparme del Sr. Bulnes, quien dice:

" La orden del Presidente Lincoln fué la siguiente:—Man-
" sión ejecutiva. Washington, Noviembre 2 de 1862. Se orde-
" na que hasta nueva orden no se despache ni permita la ex-
" portación por los puertos de los Estados Unidos de armas
" y municiones de guerra. Que los despachos que hasta aho-
" ra se hayan hecho por el Departamento del Tesoro, de ar-
" mas y municiones de guerra se suspendan y se detengan
" esos artículos, si no han salido ya de los Estados Unidos.
" Y que el Departamento de Guerra tome posesión de las ar-
" mas capturadas recientemente por su orden en Rose Point
" que se dirigían al Canadá.—*Abraham Lincoln.* "

Ahora vamos con el Sr. Bulnes á examinar sus fulminantes cargos contra el Sr. Juárez y contra el mundo entero.

Primer cargo. Dice Bulnes que "Juárez y los gobernadores de los Estados *tuvieron tiempo suficiente* para comprar armas y municiones en los Estados Unidos desde el 1.º de Octubre de 1861 hasta el 20 de Abril de 1862 en que el ejército francés, al mando del General Lorencez, declaró la guerra, rompiendo deslealmente los convenios de la Soledad."

Bulnes tiene razón; el Sr. Juárez y los Gobernadores de los Estados *tuvieron tiempo suficiente*, cinco meses veinte días, para comprar armas y municiones á los yankees.

Lo que Bulnes no sabe es que el Sr. Juárez y los Gobernadores en esos días *no tuvieron dinero suficiente*. Eso lo he demostrado en el capítulo anterior.

O quizá el Sr. Juárez, antes del rompimiento de los convenios de la Soledad, creyó fácil hacer la paz con las tres Potencias.

El Sr. Bulnes comete un error imperdonable en quien se cree un profundo crítico; juzga los hechos de 1861 como si pasaran en 1904, y supone que los móviles ocultos de la intervención eran entonces tan visibles como lo son hoy.

La historia se estudia á distancia y sólo el tiempo revela sus verdaderas grandezas, sus miserias y sus poridades.

El Sr. Bulnes ignora que Francia fué el verdadero foco de la intervención, cuyas intrigas y secretos guardaron con gran reserva Napoleón III y sus Ministros!

Cuando el corrompido Emperador de Francia hubo resuelto cometer el atentado contra México, comunicó el secreto al gobierno de Inglaterra, porque el imperio no quería venir solo á México, y deseaba embozar su imperio austriaco con reclamaciones de deudas, daños y perjuicio.

Inglaterra entró al complot para venir á salvar sus créditos, en medio del conflicto.

El Sr. Bulnes, desde el primer capítulo de su libro, viene incurriendo en el error de que España fué la primera en iniciar la intervención.

España hace tiempo, en efecto, que deliraba por reconquistar á México; pero Inglaterra y Francia desairaron sus pretensiones.

Cuando el gobierno español sospechó el pacto que se for-

mulaba entre las otras dos Potencias, fué presuroso á solicitar su entrada á la liga.

Pero todo esto se ignoraba en México, aunque se temía.

El mismo Sr. Bulnes presenta documentos oficiales que prueban que á fines de 1861 lo que se esperaba en México era una invasión española: la convención de Londres ni nuestro Ministro en París el Sr. de la Fuente la sospechó, hasta que la prensa la dió á conocer.

Cita el Sr. Bulnes una carta del Sr. Monluc en la que participa al Sr. Juárez que el 6 de Septiembre de 1861 la reina de España había ordenado al Capitán general de la Isla de Cuba que operara con todas las fuerzas de que podía disponer contra Veracruz y Tampico, pues S. M. quería restablecer la monarquía en México.

La actitud hostil de los Estados Unidos contra ese ridículo proyecto disipó por entonces los sueños de conquista de España.

Pero apenas estalló la guerra separatista en la República del Norte cuando volvió el gobierno de España á soñar con su monarquía mexicana.

Y esto acontecía cuando acababa de firmarse la convención de Londres en el mismo mes en que, según Bulnes, debieron comprar armas y municiones en los Estados Unidos el Sr. Juárez y los Gobernadores de los Estados.

Por último, el mismo Sr. Bulnes confiesa que pocos días después de firmada en Londres la convención, D. Matías Romero decía oficialmente al Sr. Juárez:

"Yo le manifesté á Mr. Seward que había sabido de una manera fidedigna que los planes del Gabinete de Madrid consistían en organizar en México un partido que proclamase la monarquía y pidiese un príncipe á la familia reinante de España, y que estos proyectos están tan adelantados que hasta se ha hecho ya la elección de la persona que debe ir de rey á México; que será Don Sebastián, tío de la reina Isabel."

Esta inserción lleva al pie la siguiente nota: « Matías Romero. *Novena y décima conferencias con Mr. Seward*. Noviembre 8 de 1861. »

Y todos esos rumores vino á confirmarlos la repentina arribada de la escuadra española á las aguas de Veracruz.

Es por lo mismo indudable que en el Gobierno del Sr. Juárez, en la prensa y en los círculos sociales no se sabía la liga de las tres Potencias y sólo había la certeza de que México iba á tener guerra con España.

Y para una guerra con España ni el Sr. Juárez ni los Gobernadores de los Estados necesitaban, en Octubre de 1861, comprar armas y municiones en los Estados Unidos.

Para rechazar aquella invasión, segunda edición de la de Barradas, sobraba con el armamento que había en México.

México fué realmente sorprendido por el ataque alevoso de Napoleón III que, arrastrando consigo á Inglaterra y á España, traía entre la obra fangosa que dice Bulnes, la obra gloriosa de un emperador austriaco, para dignificar á la raza latina y oponerla á los sajones del Norte.

Con la pertinacia con que todo monomaniaco repite el mismo concepto, dice el Sr. Bulnes:

« Juárez sabía, pues, el 1.º de Enero de 1862, con seguridad tan perfecta como saber que existe la Isla de Cuba:

« Primero: Que no había que contar para la defensa nacional con apoyo material, ni moral, importante de nación alguna;

« Segundo: Que era imposible obtener armas ni municiones mientras no se resolviese favorablemente para el Norte la guerra civil de los Estados Unidos;

« Tercero: Que había que contar en último caso hasta con la alianza de los Estados Unidos con Francia, si oportunamente así lo exigía el Emperador Napoleón;

« Cuarto: Que México debía contar con la alianza ó con toda especie de auxilios del Gobierno y pueblo de los Estados Unidos, si la guerra civil en ese país terminaba favorablemente para la Unión. »

De todos estos antecedentes deduce el Sr. Bulnes una consecuencia admirablemente graciosa, digna del empastado cerebro de Bulnes.

Léase lo que dice este autor:

« ¿Qué le ordenaban los acontecimientos á Juárez aunque no fuera militar? Prolongar la resistencia á todo trance. ¿Y cómo era posible prolongar la resistencia? Conservando el mayor tiempo posible los combatientes y sus armas. Siendo esta necesidad de conservación de combatien-

« tes y de sus armas tan necesaria para la salvación de México, el Gobierno de Juárez, para satisfacerla, discurrió meter á todos los veteranos con la mayoría de fusiles, cañones y municiones existentes en la República, dentro de una olla de piñata llamada la ciudad de Puebla, para que al primer fracaso, ó sea operación regular, todos los elementos militares serios se perdieran de un golpe. Cualquiera diría que la política del Gobierno consistía en que terminara lo más pronto la resistencia á Francia. »

Al leer lo anterior no puede menos de preguntarse con asombro: ¿habrá perdido el juicio el Sr. Bulnes? ó al estampar tanto disparate ¿creerá que escribe en una tierra de imbéciles?

Porque sólo en uno de ambos casos se concibe que haya quien emita tantos absurdos.

El calificativo es vulgar y duro, pero no tengo otro más adecuado: el Sr. Bulnes está *chiflado*.

Y cuando le entra lo que llamaré el delirio militante, la nostalgia de la guerra, el Sr. Bulnes es verdaderamente gracioso.

Mis lectores de fuera de la Capital no conocen á un pobre demente que recorre las calles de México seguido y perseguido por una turba de pilluelos y granujas.

Viste ese inofensivo personaje un abigarrado traje semi-militar, cubre su cabeza un sombrero de copa apabullado, empuña bastón y ostenta en la solapa de su roída levita muchas cintas de colores y ruedas de hoja lata y latón que son sus condecoraciones.

Es el General Lobo Guerrero.

Pues pareceme á mí que el Sr. Bulnes es el Lobo Guerrero de los autores militares, según desbarra al tratar de asuntos de guerra.

Y para probar esto no hay más que ver cómo razona.

Dice Bulnes: los acontecimientos ordenaban á Juárez prolongar la resistencia; para prolongar la resistencia era preciso conservar á los combatientes y sus armas; pero en vez de conservar armas y combatientes el Gobierno de Juárez encerró todo en la olla de Piñata llamada Puebla, para que todo se perdiera de un golpe.

Siento no tener frente á mí al Gral. Lobo Guerrero..... no, digo al Sr. Bulnes para preguntarle: